

el bisturí de papel



Por
Raúl González
Alfaro

Vicario de la Solidaridad Sigue Tensando la Cuerda

**NO HAY QUIEN
ACALLE A MONSEÑOR**

Monseñor Juan Francisco Fresno se sabe responsable del cura Ignacio Gutiérrez. El lo promovió a la dirección de la Vicaría de la Solidaridad, en uno de sus primeros actos como Arzobispo de Santiago.

Y Gutiérrez es hoy uno de sus dolores, pero dista de juzgarlo con extremada severidad. Lo sabe y lo siente —así lo ha dicho— “integralmente sacerdote”, una condición que, por el aprecio que de ella hace Fresno, pareciera no darse con prodigalidad.

Más la fuerza mayor o menor de una vocación no sustrae a quien la posee del prospecto guía que le viene por sangre: la nacionalidad.

Gutiérrez es español. Y como español no puede, ni con su genio ni con su lengua. Entre sus actos de contrición jamás estará el voto de silencio.

Y como no concibe el hacer sin el hablar, a la postre no se sabe si hace más de lo que habla o si, al revés, habla más de lo que hace.

Justo por esto —¿atributos o qué?— es que el Ministerio del Interior lamenta no compartir la predisposición tan bondadosa que monseñor Fresno siente por su vicario. Y si a nuestro Arzobispo no le hace fuerza que Gutiérrez sea español, al Gobierno sí, y mucha. Más que español lo mira objetivamente como extranjero. Y a los extranjeros —así sean hombres de la fe— les está vedado tomar como propias situaciones que son de la exclusiva competencia de los nacionales. Y el que las asuman los convierte en intrusos y en contraventores de disposiciones muy rígidas que regulan la permanencia en el territorio de los no chilenos.

Más los sacerdotes, en virtud de algún mandato que suponemos sobrenatural, ignoran esas normas y no creen que, por el carácter —llamémosle divino— de su misión, les sean aplicables. E investidos, entonces, de este fuero actúan.

Llaman a su ejercicio “deber pastoral”, y a la elección de sus objetivos, “opción por los pobres”.

Con menos eufemismos el Gobierno señala tales conductas como “intromisión en nuestros asuntos internos”. Pero a más de representarla no está dispuesto —me repitieron— a seguirla tolerando.

Y la que se le ha hecho ya irresistible es, precisamente, la del padre Ignacio.

Para gente de Palacio, Gutiérrez “es un cura rojo vestido de negro”, y su Vicaría —la de la Solidaridad— “un nido comunista”.

Sensato pareció, pues, que

el padre Ignacio, de hacer, hiciera más, si le venía en ganas, pero de hablar, sólo lo elemental.

Como aporte a este forzoso voto de discreción vino el deseo del Departamento de Estado de los Estados Unidos de que el padre Ignacio los visitase un par de semanas. Se le incluía en esa nómina de chilenos a los que anualmente se les cursa invitación. No son, por supuesto, siempre los mismos. Se les selecciona entre aquellos que, a juicio de estos ponderadores de nuestro presente y de nuestro futuro, son, de algún modo, líderes o lo serán en un futuro próximo. Tal cosa no la intuye, por cierto, el Departamento de Estado. Lo sabe por informes de su embajada en Santiago. No es este el momento de cualificar el porcentaje de aciertos de esta selección. Lo que sí está claro, desde ya, es que a los diplomáticos norteamericanos aquí, los impresionan grandemente los ruidos. Y confunden ruidos con categorías.

Y si hubo alguien particularmente estridente este último tiempo, este alguien fue el vicario Gutiérrez, que no es chileno ni lo será tan pronto, por mucho que luzca el beneficio de la doble nacionalidad que acuerda a españoles y chilenos una vieja ley de Rafael de la Presa, un ex diputado ya muerto.

De cualquier modo, en el arzobispado de Santiago se entendió como beneficioso que el padre Ignacio se tomara unas vacaciones fuera de Chile. Su descanso sería también el de la propia Iglesia. Y del Ministerio del Interior.

Ignoro si sus superiores le sugirieron tacto y discreción. Tratándose del padre Ignacio es una recomendación que nunca está de más.

Pero el vicario Gutiérrez no es un hombre que pase inadvertido, no importa dónde se halle. Es la contrapartida de monseñor Sergio Valech, del que siempre se sabe poco y que, no obstante, pesa mucho por encima de esa sensación de levedad que nos da a todos.

Y si hubo mucha gente que, extrañada del silencio pertinaz del padre Ignacio, entendió que cumplía algún voto de discreción, supo realmente la causa cuando llegaron noticias de Washington.

Se había visto con Edward Kennedy, el último varón del infortunado clan de Boston, que imagina que puede llegar algún día a la presidencia de los Estados Unidos montado en un caballo de batalla que se llama Chile.

Y Kennedy, tras este contacto, hizo pública su determinación de plantear en el Congreso nuevas medidas contra el régimen militar.

Hubo, por cierto, expresiones del vicario Gutiérrez. Y fueron asociadas a la nueva conducta del senador como una estrecha concordancia entre causa y efecto.

Se reactivó en La Moneda la animosidad adversa al conductor de la Vicaría de la Solidaridad. Tuve la sensación de que el padre Ignacio había terminado por rebasar el vaso. Su permanencia en Chile —parecía claro— tocaba a su fin.

Reservado y todo, el estado de ánimo de Palacio pudo de algún modo trascender. Y tanto que hasta lo supo el Departamento de Estado, en Washington.

Entre tanto, y a la distancia, Gutiérrez, compelido a decir verdad, aseguraba que su contacto con Kennedy fue más bien social. Compartieron un almuerzo en el que hubo mucho más gente. Y Ted, en una suerte de seniloideritornello, llenó el almuerzo con evocaciones de su familia.

El comunicado que en defensa del padre Ignacio entregó en Santiago el Centro de Divulgación del Episcopado, no lo dice, pero habrá que inferir que Ted, recreando la imagen del también asesinado Bob, pudo asociarlo con Chile. Porque fue en Chile —más exactamente en Concepción— donde Robert Kennedy fue agraviado de palabra y, virtualmente, de hecho por una turbamulta formada por miristas, comunistas y socialistas.

Y no debería sorprendernos entonces que un hombre que ya está en esa ingrata instancia de la vida en que lo único activo son las añoranzas, hubiera querido castigarlos ahora por lo que le ocurrió aquí, hace muchos años, a su hermano Bob. Sólo así —y con la mejor buena fe— podríamos absolver al padre Ignacio y dar por buena su versión de su encuentro con Edward Kennedy.

Se tranquilizó desde Santiago al Departamento de Estado. No existía ese tal decreto que prohibía el reingreso a Chile del Vicario de la Solidaridad, si bien lucía éste sobrados merecimientos.

Coetáneamente, Gutiérrez anunciaba su determinación de abreviar su visita a los Estados Unidos para explicar aquí, de modo satisfactorio, su verdadera conducta.

Por lo que sé, le fue sugerido el comportamiento inverso; esto es, que prolongase su permanencia allá todo el tiempo que le fuera posible. Y sobre todo, que guardase silencio.

Pero la obediencia no es tampoco otra de las cualidades del padre Ignacio. Fue a las Naciones Unidas —que se halla en pleno período de asamblea— y habló de derechos humanos en Chile con el Subsecretario General, William Buffon y con el Nuncio y representante del Vaticano ante la ONU, arzobispo Giovanni Celli.

¿Y ahora, qué?